

del *Djugar*. Supónese también, en virtud de las medallas impresas en Cartago con la efigie de Septimo Severo, y cuyo reverso representa la de Astarté, genio bienhechor de los cartagineses, sentado sobre un león y corriendo á lo largo de un manantial que nace en una roca, supónese, decimos, que la gloria de haber terminado esta titánica empresa, verdadera obra de romanos, es debida á este último emperador.»

El paisaje que rodea las ruinas del templo es, en efecto, encantador. Allí vegetan en prodigiosa abundancia el algarrobo, el laurel-rosa, el plátano, la higuera: la silenciosa soledad del lugar sagrado no se altera mas que por el murmullo del agua; y por detrás del templo se levanta en el espacio como el gigante de los tiempos el monte que le ha dado su nombre.

Nosotros pasamos cuatro días en tan delicioso país. Mientras que mi amigo Dubois exploraba el terreno, yo sacaba los diseños; los demás cazaban, y al volver por la noche nos sorprendían agradablemente con numerosas piezas de sabrosa carne. La perdiz y el erizo figuraban casi siempre entre los rústicos platos que nuestro Vatel árabe nos servía. Los beduinos apetecen ansiosamente la carne del erizo, que es, en efecto delicada; así que nos los encontramos con frecuencia acechando al animal á lo largo de los ríos, armados de hachuelas de hierro mal fundido: el erizo busca ordinariamente los parajes húmedos.

Después de estos cuatro días fue menester proseguir nuestra escursión mucho mas lejos: al efecto se nos dió un guía, porque sin él nos hubiera sido imposible dar con el camino.

Un cuento en el adhuar.

A las dos de la mañana todos estábamos en pie: íbamos á pasar esta agradable y deliciosa mansión á la árida del desierto, á esa línea horizontal de movedizas arenas; íbamos á continuar nuestros campamentos.

Cinco horas hacia ya que caminábamos: el suelo se iba accidentando, y nuestro guía, comprendiendo nuestra necesidad de reposo, nos hizo torcer á la izquierda.

De repente y como por encanto cambió el cuadro de aspecto: estábamos en medio de un *adhuar*, donde por algunos puñados de pólvora y plomos fuimos acogidos como príncipes. Nuestro almuerzo fue al instante preparado. Los muchachos venían á tocar llenos de curiosidad y admiración nuestras armas. Nosotros ofrecimos algunos cigarros á los *cheik*, y ellos á su vez nos ofrecieron fraternalmente su amistad.

Un pastor estaba en actitud de contar la historia de una reciente aventura, y el *adhuar* se disponía á

escucharlo con atención pueril, si no patriarcal. Nuestro dragoman preguntó al gran *cheik* si nos era permitido formar parte del auditorio: una sonrisa y un saludo fue la contestación con que nos autorizara á satisfacer nuestra curiosidad.

Tratábase de un león enorme que durante la noche se había lanzado al *adhuar*, se había llevado una vaca y había ido á hacer de ella su cena media legua de allí. El pastor que contaba esta aventura con tanta solemnidad como si hubiera recitado un canto de la *Iliada* ó de la *Odisea*, aseguraba haber visto por sus propios ojos los huesos á la mañana siguiente. Yo le hice observar que no era posible que un león solo hubiera podido comerse una vaca entera, y que por tanto debió invitar á su numerosa familia á aquella comida campestre.

Sin la inteligencia de Assan, el guía, que arregló la observación á su manera, acaso hubiera atraído sobre mí la indignación de los árabes: yo me chanceaba y el beduino jamás se chancea.

Concluida en paz la relación de la aventura, dimos las gracias á los *cheik* por su amistosa hospitalidad, y después de haberles distribuido algunas piastras, nos pusimos otra vez en marcha.

En prueba de su gratitud los hombres del *adhuar* nos hicieron una especie de salva de honor disparando sus espingardas.

Una aventura.

La historia del león no era para tranquilizar los ánimos, por mas exagerada que fuese, que el león no es raro en estos parajes ni su amiga la pantera: así que tuve yo muy buen cuidado de requerir mi revolver, cargar mi carabina y prevenir la misma precaución á los que me acompañaban. Después de esto seguimos nuestro camino, el guía delante, el dragoman á mi lado, mis amigos en medio de la escolta; y así íbamos bromeando á propósito del enfático historiador de *el león y la vaca*.

De repente un lejano ruido llegó á nosotros.

—¿Habeis oído? interrogué á uno de mis amigos.

—No, me contestó: no oigo ni veo nada.

—Mirad aquel árabe que huye: tuerce ahora hácia Assan. ¿No lo veis entre el polvo? ¡Amenaza al guía con su espingarda!

—En efecto; y ahora el beduino desaparece al galope de su cabalgadura.»

Estábamos en una especie de meseta: á derecha é izquierda todo se veía erizado de malezas.

El guía volvió cerca de nosotros, después de haberse puesto la escopeta á la bandolera.

—Es un beduino, nos dijo, que huye perseguido por doscientos ginetes, porque ha sido sorprendido robando en una tienda del *adhuar*.

IX.

Ruinas del *Djugar*.—Acueducto de Cartago.—Otro encuentro.—Vuelta.

Mi trabajo y el del ingeniero nos detuvieron dos días. Yo hice dos exactos diseños de este templo harto arruinado, y después de haber concluido algunos croquis y borradores para tomar el color local, volví á empacar mi equipaje.

«El famoso origen del *Djugar*, dice Mr. Guerin, está encerrado en un recinto rectangular, cuyos asientos están contruidos con gruesos bloques, midiendo 24 metros y 10 centímetros de longitud por 19 y 60 de latitud.

Este recinto estaba antiguamente flanqueado en cada uno de sus ángulos por un fuerte, cuya cima está ya destruida. Dos de estas caras se hallan actualmente cubiertas de matorrales; la tercera está casi enteramente oculta por un frondoso algarrobo, la cuarta está descubierta. Penetrando por aquí en el recinto, aparecen dos recipientes, el uno cuadrado en una extensión de 9 metros y 30 centímetros por cada lado; el otro es de menores dimensiones, y recibe por tres conductos el agua del manantial. Por encima de cada uno de estos conductos se había practicado un nicho cubierto con una pequeña cúpula donde debía haber una estatua de ninfa ó divinidad.

El agua del manantial se derrama de una en otra pila, corriendo luego á las plantaciones de olivos. En otro tiempo corría por el canal que acaso ahora se reconstruya, yendo por mil rodeos á confluír al canal principal, cuyo origen es el *Zaghuan*, después de haber atravesado el territorio de *Bend-Said-An*. Inútil es hacer observar la analogía que existe entre la denominación que antes llevaba y la de *Djugar* que conserva la montaña, cuyo macizo comprende como una anexión el *Djebel-Ben-Said-An*.

Las ruinas (en el *Henchir-Merhatta* á muchos kilómetros de su origen) están esparcidas bajo una capa de espesa vegetación, ocupando un espacio de cerca de 1 kilómetro. Muchas construcciones edificadas con gruesos sillares, están mas completamente derruidas, otras medio arruinadas, salvo sus asientos ó partes inferiores.»

En un segundo *henchir*, situado mas lejos y conocido con el nombre de *Esuar* (murallas), Mr. Guerin visitó como yo las ruinas que he dibujado. Hé aquí lo que dice á este propósito.

«La mas notable de estas ruinas es la del pequeño templo, cuya capilla está todavía en pie en su mayor parte: apoya sobre un subasamento y mide 13 pasos de longitud por 10 de latitud. La puerta estaba muy exornada y la capilla estaba precedida de un pórtico, actualmente destruido, que sostenían en otro tiempo cuatro columnas corintias.

—¿Y qué quería?

—Venía á refugiarse en medio de nuestra escolta, y esta gracia me demandaba.

—Buena manera de pedir auxilio! ¿No te amenazó con su arma? A mí, pues, ultrajó en tu persona. ¿Por qué no le disparaste?

—¡Ah! señor: son muy malos en esta tribu: solo quería asustarme. Si me hubiera defendido, habrían oído los otros el tiro, y mi vida no hubiera solamente peligrado: vos también hubierais acaso perecido.

En esto mas de doscientos beduinos cayeron sobre nosotros por derecha é izquierda, unos con espingardas, otros con lanzas, otros con yataganes, llevando á la grupa á sus mujeres y niños. Con mirada hostil nos preguntaban hablando todos juntos en una infernal algarabía, y aun llegaron á tirarnos piedras.

Detuve yo mi caballo, tomé mi carabina, apercebí mi revolver, y me dispuse á la defensa. Mi dragoman esperaba la señal, lo mismo que la escolta que se puso en guardia simultáneamente.

En tan crítico instante, asomé el fugitivo ladrón perseguido por cuatro beduinos, que habían logrado descubrir su pista. A pocos pasos ya de él, le dispararon sus armas y el infeliz cayó exánime del caballo. Entonces desapareció la kabila de sus perseguidores; pero casi al mismo tiempo otros beduinos de los adhuars inmediatos vinieron á saciar su venganza en el cadáver.

Mi guía Assan nos dió luego la explicación de este drama.

Los beduinos estaban exasperados; hacia tres horas que recorrían todo el contorno buscando en vano al ladrón. Viendo al fin nuestra caravana, creyeron que nosotros lo habíamos acogido para burlar la venganza, y furiosos iban ya á acometernos cuando apareció el culpable beduino.

El jeque principal se escusó á su manera de un error que pudo muy bien ser trágico. Atacados, no hubiéramos dejado de defendernos; pero la lucha hubiera sido desigual y habríamos sido al fin exterminados.

Por fortuna se descubrió el error á tiempo. El jeque besó mi mano y aun la franja de la mantilla de mi caballo en señal de sumisión, sus subordinados se colocaron á dos en fondo, y mientras que las mujeres y los muchachos descuartizaban el cadáver, repartiéndose los girones de su albornoz, la armada turba se dispersó por escuadras. Nosotros ya tranquilos continuamos nuestro camino.

Aun teníamos que andar seis horas lo menos para llegar á nuestra última estación. Por aquí y por allá encontrábamos mujeres que nos preguntaban y á quienes contestábamos que no sabíamos nada de lo que querían saber.

A las diez acampamos en el templo del *Djugar*, donde soñé toda la noche con los beduinos.

A alguna distancia de aquí, los restos de otro edificio, que me parecen también de templo, llaman igualmente mi atención, aunque está mucho más arruinado que el anterior.

He examinado alternativamente los despojos de los cuatro restantes monumentos. El más notable es un mausoleo construido con magníficas piedras, y cuyas bases tan solo quedan en su lugar. De forma rectangular, mide 10 pasos de longitud y 8 de latitud. La inscripción que se había grabado en él, ha desaparecido sin duda bajo los sillares que formaban la parte superior de la cara principal.

Finalmente, una piscina, á que se baja por diez gradas, atestigua por el enlace y orden regular de los sillares con que fue construida, un trabajo antiguo que no carece de importancia.»



Una plazuela en Túnez.

nos causara tanta alarma, cuando vimos aparecer de pronto hasta unos treinta ginetes armados. Uno de ellos se destacó del grupo, y yo mandé salir á su encuentro á mi dragoman y á mi guía. Parlamentaron los tres algunos instantes, y volvió el intérprete asegurándonos que no teníamos nada que temer, con tal que cambiáramos de dirección.

—¿Por qué? le pregunté.

—El jeque con todo el adhuar, no quieren que volvamos á pasar por el sitio en que fue fusilado el beduino.

—Está bien.

El jeque, que había permanecido inmóvil entre su caballería y la nuestra, vino entonces á complimentarme, y volviendo luego á la cabeza de su gente, les mandó una evolucion y los vimos alejarse al paso, arma en mano y vista hácia nosotros. ¡Adios ó al diablo!

No me gustan los peligros inútiles, ni los que nos aseguran en sus novelas que aman este género de emociones. El valor es muy bueno en su lugar, en su

Partimos ya de día. Desde el templo de *Djugar* á Cartago hay tres jornadas de camino, distancia que da la medida de los antiguos acueductos. *Mohammed-Bey* había decidido reconstruir estas prodigiosas obras; pero la muerte lo sorprendió apenas comenzadas.

Su sucesor *Sidi-Saddock-Bey* la ha continuado y la lleva á feliz término. Así Túnez tendrá muy en breve agua en abundancia, gracias sobre todo á dos franceses, ingenieros de mérito, Mr. Collin y Mr. Du-bois que hizo los estudios preparatorios.

A la vuelta de nuestra expedición quisimos hacer alto detrás del *marabut*, donde se había introducido el ladrón de la aventura. Los beduinos tienen mas vista que nosotros. Desde el fondo de la gran planicie nos habían ya descubierto y seguían todos nuestros movimientos. Veníamos recordando la aventura que

tiempo, cuando es necesario: fuera de razón y de justicia, no es más que temeridad, sino un instinto feroz.

Todavía pasamos un día en el pueblo de *Zahaguan*, donde tomo algunos apuntes, y después de una buena noche de reposo, enderezamos hácia Túnez.

He contado mi aventura á Mr. Leon Roches, quien me ha obligado á hacer una exacta memoria de este drama, en cuya virtud creo que el bey ha espedido órdenes y gente para castigar á aquella tribu salvaje.

Un mes después reproduje en cuadros los monumentos que habíamos reconocido. Su alteza me gratificó espléndidamente, y en prenda de su alta consideración, me condecoró con la cruz de oficial de su orden.

Quince días reposé de la fatiga del viaje, y una bella mañana de setiembre dí mi adios de despedida á Marsa. Cuando se deja un lugar agradable para volver á su patria, se siente en el corazón una especie de combate que tiene algo de dolor y de placer. Yo no podía separarme friamente de un país tan poéticamente bello; pero ¡ay! volvía á mi Francia.

A. CRAPELET.



Doncellas de Taka.

VIAJE A TAKA,

(ALTA NUBIA)

POR MR. GUILLERMO LEJEAN.

1861.

I.

Camino de Sausken.—La Khala.—Fillk.—Un cónsul muerto y resucitado.—Mallen Chirghis.—*Alla franca*.—Un abisinio principal y un vagabundo francés.—El jeque de los Hadendas: política egipcia.—Una mujer de buen consejo.—El honor de la bandera egipcia.

Bajo la impresion de mi reciente tránsito diagonal de Suaken á Khasala, tracé algunos bosquejos del desierto de la Nubia. Una comision oficial me llevó otra vez este año á la misma region, permitiéndome reanudar relaciones con esa Africa terrible y encantada que no se llega á olvidar nunca, y cuyo recuerdo me causa hasta en París largas horas de nostalgia.

Mi primera reseña, escrita en una época en que el

TOMO III.

Africa me era menos familiar que hoy, deja vacíos que tenía que llenar; y hé aquí el motivo que me conducía el 16 de febrero de 1860 por el camino de Sauaken á Khasala que ligeramente había estudiado en 1860. Vuelvo, pues, á tomar este itinerario desde el punto en que cesa la parte circunstanciada de la primera reseña, es decir, á cinco jornadas antes de Khasala, por donde el camino, después de haber cortado perpendicularmente el pintoresco vallecillo de Omlé, se separa del macizo de los montes Langheb. Llábase este paraje *Togoy*: yo, por mí, ignoro la significacion de este nombre en la lengua *bidja* (trogodítica). Las aguadas de la Nubia tienen en general nombres muy raros que envuelven ciertas tradiciones. De los dos pozos que hay antes de *Togoy*, el uno se llama *Hijo del blanco, bebe*; el otro *Hijo del*